

COSAS UTILES

Entramos en tiempo de cábala. El personal empieza ya a pensar en cosas electorales y baraja nombres, listas, pactos, posibles coaliciones, adversarios incógnitos, etcétera. Para algunos, estos meses son como una especie de Adviento político: se venden y anuncian grandes esperanzas (como la novela de Dickens) y todo es dicha y movimiento. Lo que pasa es que tantas veces todo queda en epifanías con mucho de cartón piedra. En fin, así son las cosas.

La teoría dice que en todas las elecciones, y muy particularmente en las municipales, hay que estudiar los programas electorales para conocer bien qué ofrece cada cual. Esos textos deberían ser el evangelio, pero ya se sabe que como son una relación de proyectos mezclados con algunas pizcas de demagogia (en algunos casos, la dosis es letal), puede prescindirse de su estricto cumplimiento con todo tipo de excusas. De cualquier modo, al final todo se va a desenvolver en un binomio partido-candidato. Arrastrarán votos las siglas y las personas, no sabemos en qué proporción. Y el votante se contentará, más que probablemente, con dejarse epatar por las figuras que encabezan los carteles. Además, y nada hay de nuevo en esto, es ley vieja que los partidos pondrán a quienes sus aparatos estimen conveniente, y que hablar de primarias, listas abiertas u otras instituciones que sirvan para proveer candidatos, es como mentarles la bicha. *Vae victis*, cuánto pesan los aparatos y cómo manejan. Quizá sea porque así es mejor para nuestro bien. Amén.

Sea como fuere, es grave error olvidar que las listas no sólo se componen del cabeza de cartel. Quien se presenta a unas elecciones debe hacerlo con afán de gobernar, y para eso es preciso disponer de equipos sólidos, en cuya elección se han de cohonestar el legítimo derecho de quienes ponen su cara en la foto grande a torear con su cuadrilla y la obligación de los partidos de aunar sensibilidades, si las hubiere, y proveer de gente sería que pueda hacerse cargo de las riendas municipales.

Falta hará en los ayuntamientos gente con capacidad. La situación no es nada boyante, y las perspectivas de asfixia financiera impedirán durante bastante tiempo que se puedan tirar cohetes. Si desde hace décadas las casas consistoriales están desbordadas, en muy buena medida por la asunción de competencias que realmente deberían ser ejercidas por otras administraciones, ahora que los ingresos disminuyen como consecuencia de una crisis de profundidad realmente escalofriante, se juntarán el hambre y las ganas de comer. Plantillas quizá sobredimensionadas; compromisos de gasto que tienen mucho de componente electoral, se disimule como se disimule; incapacidad de cubrir el funcionamiento de servicios básicos y, por si fuera poco, escasa capacidad de inversión, muy ligada a las dificultades que se prevén en la obtención de financiación, pintan un panorama bastante oscuro. Los inconvenientes de siempre, ahora se multiplican. Y la demagogia, moneda barata, ya no rinde tanto. La gente abre los ojos cuando se ve

arrollada por la situación y se mesa las barbas ante el gasto inútil.

Ante esta situación debería esperarse una campaña electoral llena de propuestas claras. De compromisos tajantes. Los programas electorales no deberían ser sino un plan de viabilidad de unas corporaciones que deben apretarse el cinturón hasta hacerse daño, mientras facilitan al máximo el desarrollo de la actividad empresarial, eliminando trabas burocráticas y disminuyendo impuestos y tasas. Ésta que se avecina no puede ser una campaña convencional. Los propios partidos deben empezar por predicar con el ejemplo de la austeridad, y hacer primar más los mensajes que las fotos. Un retrato se puede retocar, o el candidato puede posar hasta que quede fetén. Pero las ideas, los proyectos descarnados que hay que exhibir sin pudor en tiempos como estos, no admiten maquillaje. Lo contrario, creo, sería un gran engaño.

En definitiva, corren tiempos para, en palabras de San Agustín, hacer cosas útiles más que cosas admirables. En la medida en que así se actúe, los que vamos a ver los toros desde la barrera, es decir, los ciudadanos de a pie, nos evitaremos tener clamar por el pañuelo verde.

Juan Carlos Fernández

